



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 30 de junio de 1991

Queridos hermanos y hermanas:

1. Durante el mes de junio que se concluye hoy hemos tenido la posibilidad de reflexionar sobre el misterio del amor de Dios que se manifestó al mundo en el Corazón de Cristo; y precisamente el día de su fiesta celebramos «las grandes obras» que este Corazón realizó por nosotros. Sabemos y creemos que el Señor Jesús nos amó y nos ama con un amor eterno y misericordioso, y por esta razón nos colma de todos los dones de la gracia.

Hoy en la plegaria del Ángelus, queremos detenernos a considerar la vocación del cristiano como respuesta a este amor. Esta respuesta se concreta, sobre todo, a través de la oración y el sufrimiento reparador.

2. El misterio de la Redención, que se realiza en la cruz, permanece siempre vivo en la Iglesia, que es consciente de que cada uno de sus hijos debe asumir su parte de sufrimiento para reparar, junto con Cristo los pecados del mundo. Por tanto, anuncia a la humanidad las riquezas del Corazón de Jesús e invita a acercarse con plena confianza al trono de gracia para hallar ayuda en el momento oportuno (cf. *Hb* 4, 16); pide, asimismo, que los cristianos compartan la caridad infinita del Redentor y participen en su obra para la salvación del mundo.

¡Cuántos cristianos generosos, tocados por esta invitación, han sabido y saben ofrecerse en unión con Cristo, como víctimas para la salvación de sus hermanos y completan en su propia carne lo que falta a sus tribulaciones, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Col* 1, 24)! Su ejemplo así como recorre toda la historia de la Iglesia, es todavía válido y estimulante.

3. Que esta breve alusión al significado fundamental que el Corazón de Jesús tiene en la economía de la Redención nos lleve a comprender mejor el deber de la reparación por las ofensas que se hacen a Dios. La contemplación del Corazón de Cristo paciente e infinitamente misericordioso, nos impulsa hacia esa medida superior del amor que se expresa en la participación en el sufrimiento y el compromiso de expiación.

La Virgen María, presente a los pies de la cruz, es para todos nosotros el modelo más elevado por su participación directa en la pasión de Cristo, de cuyo Corazón lacerado se derrama sobre el mundo la gracia que salva.